



**EN LA TEMPESTAD
Y EN LA CALMA,
JESÚS ES
NUESTRA
NECESIDAD.**



Marcos 4,35-41

Los discípulos dicen a Jesús: “¿No te importa que perezcamos?”
Él responde: “¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?”



Una tempestad es un buen símbolo de otras muchas crisis humanas, personales y sociales. El mar, en la Biblia, es lugar del maligno y sinónimo de peligro.

También nosotros experimentamos en nuestra vida borrascas pequeñas o no tan pequeñas. Tanto en la vida personal como en la comunitaria y eclesial, a veces todo nos hace pensar que nuestra barca se va a hundir. Mientras, Dios parece que duerme.



El aviso de Jesús “¿por qué tenéis miedo?” va también para nosotros, por nuestra cobardía y poca fe. No acabamos de fiarnos de que Cristo Jesús esté presente en nuestra Iglesia y en nuestra vida todos los días, como nos prometió, hasta el fin del mundo. No acabamos de creer que su Espíritu sea el animador de la Iglesia y de la historia. El miedo se opone a la fe como la nostalgia a la esperanza; el miedo es síntoma de falta de fe.



Ante quien grita “¡ya no puedo más!”, el Señor sale a su encuentro y le ofrece la roca de su amor, a la que puede agarrarse seguro de que no se caerá. ¡Cuántas veces sentimos que ya no podemos más! Pero Él está a nuestro lado, con la mano tendida y el corazón abierto. La fe nos mantiene en la seguridad de que el Señor está con nosotros: la fe es una reserva de confianza en medio de una tormenta embravecida.



La paz es el perfume de Dios: si estamos con Él aun en medio de la tormenta tendremos paz.

Estando Jesús en activo y despiertos nuestros corazones a la confianza en que Él siempre viene con nosotros y nos acompaña, podremos navegar seguros. La fe no nos libera de la dureza del camino ni del ir contra viento y marea, pero nos mantiene en la seguridad de que el Señor está con nosotros.

**Nada temas
de las tormentas
de la vida...**



**si Jesús
está en tu barca:
descansa en El.**